

Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990)

Búsqueda, identidad, dispersión

I

El sociólogo Kalman Silvert lo planteó en 1960, en el *Handbook of Latin American Studies*: «Chile es un país mal estudiado». Podía ser ese, tal vez, un diagnóstico apresurado respecto de un país que, como Chile, había alcanzado un alto nivel de modernización política, en el contexto de América Latina. Pues ¿cómo podían darse simultáneamente, a la vez, madurez de comportamiento político y bajo nivel de autoconocimiento social? Sin embargo, entre 1967 y 1974, otros científicos sociales extranjeros, al evaluar las teorías del desarrollo y la dependencia, insistieron en ese diagnóstico, precisando que la historia económica, social y política de Chile no había alcanzado el nivel de desenvolvimiento requerido, considerando los problemas cruciales que debía resolver por entonces el país¹.

La crítica de las teorías latinoamericanas (y chilenas) del desarrollo y la dependencia, profusamente editada entre 1972 y 1975 en Europa y Estados Unidos, perfiló las deficiencias del conocimiento acumulado acerca de la sociedad chilena. De una parte —se concluyó—, esas teorías consistieron, fundamentalmente, en construcciones conceptuales dirigidas a discernir, dentro del marco de funcionamiento de la economía mundial, las leyes de desenvolvimiento de las economías y sociedades latinoamericanas. De este modo, el producto lógico de semejante práctica teórica fue un «catálogo descriptivo de diferentes tipos estructurales de dependencia», y no una «síntesis de los procesos históricos específicos» que, en cada caso, determinaron el juego interno de las fuerzas económicas, sociales y políticas de cada país². De otra parte, el análi-

¹ W.P. McGreevery, «Recent Research on the Economic History of Latin America», *Latin America Research Review*, 3:2 (1967); S. Stein & W. Hunt, «Principal Currents in the Economic Historiography of Latin America», *Journal of Economic History*, 31:1 (1971) y K.P. Erickson et al., «Research on the Urban Working Class in Argentina, Brazil and Chile: What Is To Be Done?», *L.A.R.R.*, 9:2 (1974).

² P. O'Brien, «A Critique of Latin American Theories of Dependency», *Occasional Papers 12 (Glasgow University)*, 1974, pp. 2-3. También C.R. Bath & D.D. James, «Dependency Analysis of Latin America: Some Criticisms, Some Suggestions», *L.A.R.R.*, 11:3 (1976).

sis histórico mismo, en el caso de Chile, se estancó y desvinculó de los cruciales problemas del presente, atrapado entre la tradición historiográfica (enfocada casi exclusivamente sobre la primera mitad del siglo XIX), la propuesta histórica del marxismo militante (sobredeterminada por concepciones partidistas), y la historiografía académica (centrada en la institucionalidad colonial y post-colonial)³.

De este modo, el proceso político chileno, lanzado desde 1955 por un desfiladero crucial, no tuvo respaldo en una «ciencia orgánica» local y dinámicamente articulada con los movimientos de los sectores sociales en pugna. Sin embargo, fue sobre esa inorganicidad ideológica que se formó, agigantó y actuó la agresiva militancia política que impuso el «nacional-populismo» de la segunda mitad de los años 60, y la «vía chilena al socialismo» de los 70. La «generación chilena del 68», célebre por sus actitudes de infalibilidad ideológica y «omnipotencia histórica», basó su conducta sobre un pensamiento estructuralista y/o ideologizado, y en un riesgoso desconocimiento de las específicas dinámicas sociales, económicas y políticas, que componían la cara interna de la Nación⁴.

El golpe militar de 1973 quebró esa construcción ideológico-cultural. La agresiva militancia del 68 fue forzada a replegarse con sus paradigmas ideológicos y políticos pulverizados o, cuando menos, puestos en tela de juicio. Pero eso era, en todo caso, más que suficiente para destruir sus sentimientos de «infalibilidad» ideológica y «omnipotencia» histórica.

II

La crisis corroyó todas las capas del paradigma teórico-político del 68 penetrando hasta la misma intimidad emocional de sus intelectuales y militantes. Devueltos por la dictadura a una vida cotidiana desfuncionalizada —cuando no perseguidos, encarcelados y torturados—, y por la crisis, a la revisión del pasado y la duda perentoria, la mayoría de los intelectuales y militantes desplazados por la dictadura iniciaron, desde 1975, una etapa de reflexión y búsqueda⁵.

Se comenzó entonces a reconstituir, histórica y críticamente, el «proceso chileno», especialmente, la experiencia de la Unidad Popular (1970-73). Se inició la revisión del marxismo-leninismo, rescatándose para el debate las obras clásicas de otras variantes del marxismo internacional. Se procuró definir el «carácter» de la dictadura militar, de medir la profundidad de la «ruptura histórica» que había provocado, y de bosquejar los «escenarios de salida» de la situación dictatorial que se vivía⁶. Significativamente, se acogió en los análisis la emergente «cultura de resistencia», reevaluándose también la «cultura popular» que se dinamizaba detrás de aquella⁷.

El balance de todo ello se hizo pronto evidente: era preciso «revisar» las percepciones y conductas del pasado y construir sobre esa revisión un modelo «renovado» de acción histórica. Pero si estaba clara la premisa negativa de ese modelo, no lo estaba

³ G. Salazar, «El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile (1950-1975)», *Nueva Historia*, 1:4 (1982), *passim*.

⁴ E. Tironi, «Sólo ayer éramos dioses...», *Análisis*, enero 30 (1979), y G. Salazar, «De la generación chilena del 68: ¿omnipotencia, anomia, movimiento social?», *Proposiciones* 12 (1986).

⁵ M. Le Soux, «Aspectos psicológicos de la militancia de izquierda en Chile desde 1973», *ibidem*.

⁶ Entre otros, M.A. Garretón, *El proceso político chileno (Santiago, 1983)* y M.A. Garretón y T. Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile (Santiago, 1983)*.

⁷ Entre otros, C. Ossandón, «Para una comprensión de la cultura popular», *Andes* 3 (1985).

tanto, en cambio, la premisa afirmativa: ¿sobre qué bases debían construirse positivamente las prácticas de «renovación»?

Fue entonces cuando se inició la difusa búsqueda de las «identidades» básicas: del militante, del partido, de la izquierda, de la clase popular. Había que ir a las fuentes originarias que, habiendo fundamentado antes, podían ahora —y siempre— fundamentar el «proyecto histórico» a seguir. Pues la crisis no había afectado ni a los fundamentos del «proyecto histórico», ni a éste en sí mismo, sino sólo al modo de su implementación. La redefinición del «modo de implementación» pasaba, pues, por retomar el contacto con los fundamentos. Es decir, con la categoría viviente de la «identidad»⁸. La búsqueda de la identidad tomó de hecho la forma de una diáspora intelectual, pues se alejó simultáneamente, a lo largo de diversos caminos. Para algunos, eso significó introversión hacia sí mismos, hacia la cotidianidad y la comunidad; la revaloración, en suma, de esa realidad doméstica que el «estructuralismo» había devaluado hasta casi su anonadación. Para otros fue el retorno a la ortodoxia teórica y metodológica del marxismo puro, de algún modo deteriorada o perdida en la borrasca política del período 1967-73 o en los efectos obnubilantes del *shock* dictatorial, o, incluso, en los devaneos revisionistas y «populistas» que comenzaron a brotar después de la crisis. Para otros, en cambio, la búsqueda consistió en un nostálgico retorno a ciertas etapas del pasado, donde, por similitud contextual, era posible hallar explicaciones, enseñanzas e incluso inspiración, para iluminar la depresiva coyuntura histórica del presente. Para otros, todavía, la búsqueda no podía ser ni introspectiva ni retrospectiva, sino futurista, por lo que, más pragmáticamente, en lugar de mirar al pasado, lo que correspondía era derivar teoría y prácticas adecuadas del mismo (triumfante) modelo modernista —liberal.

Por último, no fueron pocos los que asumieron que la identidad verdadera sólo podía hallarse en el reencuentro con la base popular, en la reconstrucción de los «tejidos sociales» allí destrozados por la dictadura y en la recuperación del movimiento histórico perdido.

La diáspora ideológica producida por la «búsqueda de identidad» no generó, sin embargo, en una primera etapa, ni dispersión, ni tensión lateral entre las diversas huestes de exploradores. En parte, porque su factor coercitivo de unión —la dictadura en su peor etapa— continuaba allí presente. En parte, también, porque todos, pese a los nortes distintos marcados sobre su «revisión», revalorizaron por igual al «buscador» mismo; es decir, al «sujeto» que había protagonizado la crisis y que, ahora, protagonizaba la búsqueda y recuperación de sí mismo⁹. Esto explica que, aproximadamente entre 1973 y 1979 el movimiento conjunto de búsqueda operara en todas direcciones con la misma contraposición dictadura-sujeto, generando así, dentro de la dispersión aparente, contramovimientos de «convergencia» epistemológica y preaglutinación teórica.

El más visible de esos contramovimientos de convergencia fue la utilización de la perspectiva y el análisis histórico. La crisis de la militancia del 68 evolucionó configu-

⁸ Ver, de J. Pinedo, «La ensayística y el problema de la identidad (1960-1988)», en J. Pinedo et al. Chile, 1968-1988, (Georgia, 1988). Fueron determinantes, en este sentido, los debates entre los «educadores populares» del período 1979-83.

⁹ A. Romero y G. Salazar, «Notas acerca del nuevo proyecto histórico del pueblo de Chile», Utopía, 1:4 a 2:12 (1984-85).